

Capítulo 1

Berkeley Square, Londres
Mayo de 1814

Bajo el velo azul de la noche, tres estatuas humanas estaban agachadas detrás de una espinosa cortina de acebos, y cuando hablaban, lo hacían en suavísimos susurros.

Mary, la mayor de las trillizas Royle, apuntó con su índice muy blanqueado con polvos hacia un espacio entre las ramas.

—Ahí está. ¿Lo veis? Es el caballero que está delante de la fuente. ¿No es exquisito?

—Yo sólo veo la parte de atrás de tu cabeza —susurró Anne, su hermana menor, que no encontraba tan entretenida esa aventura como ella.

Desde el instante mismo en que salieron de la casa de su tía abuela Prudence, no había hecho otra cosa que protestar y quejarse de la estupidéz de entrar furtivamente en la fiesta en el jardín de la casa vecina.

Pero, en su opinión, era absolutamente lógico estar escondida ahí detrás del seto. Ellas no estaban invitadas a la fiesta de esa noche, pero él sí.

¿Qué otra cosa debía hacer? ¿Estar sentada de brazos cruzados en su dormitorio mientras él se paseaba por los jardines a sólo unas yardas de distancia? No, de ninguna manera podría haber dejado pasar una oportunidad como ésa.

Hasta esa noche sólo había visto al vizconde cinco veces, y de pasada. Y aunque era excelente para juzgar el carácter de las personas, lo decía todo el mundo, tuvo que conceder que necesitaba más tiempo para hacerse una buena idea de él, para estar segura. Porque era una joven muy decidida, y una vez que tomaba una decisión, no la cambiaba jamás. Jamás.

Poder observarlo desde detrás del seto de acebos, así oculta, le permitiría confirmar su primera opinión sobre él, aun cuando en su corazón ya sabía que su percepción era la correcta. Él era exactamente lo que parecía ser, absolutamente perfecto.

Resoplando ofendida, Anne le dio un fuerte empujón en el hombro para apartarla.

Mary giró bruscamente la cabeza y le hizo una mueca. Le había llevado dos horas completas conseguir el efecto mármol.

—No tienes por qué impacientarte. Me haré a un lado si me quitas la mano del hombro con cuidado.

Anne levantó poco a poco un dedo tras otro y luego quitó la palma húmeda del hombro empolvado.

Mary se miró el hombro para ver el daño hecho a su perfecto acabado blanco.

—¡Lo sabía! Me has removido el polvo. Me has dejado las huellas de tus dedos por todas partes.

Elizabeth, la menor de las trillizas, por casi diez minutos, según su padre, agitó furiosa sus pestañas empolvadas.

—¿Vais a hacer el favor de bajar el volumen de vuestros chillidos? ¿Y si nos pillan? Nuestra familia quedará deshonrada. ¿Es que sólo soy yo la que toma en consideración eso?

—Está oscuro, Lizzie, nadie nos verá aquí —dijo Anne, pisándose el bajo del vestido al intentar incorporarse, y haciendo volar una nube de polvo blanco.

—Anne tiene razón —dijo Mary, asomando la cabeza por el borde del arbusto—. Pero desde aquí no vemos ni oímos nada de lo que ocurre. Yo diría que tenemos que acercarnos más.

Diciendo eso se giró a hacerles una señal a sus dos hermanas. Entonces vio la mirada que intercambiaron entre ellas. Ah, no, no iban a dar marcha atrás. Tenían que seguir con ella. Al fin y al cabo se lo habían prometido.

—Ni se os ocurra marcharos. Éste era el plan, ¿o lo habéis olvidado? Vestirnos de blanco, empolvarnos, entrar en el jardín y hacernos pasar por estatuas.

Elizabeth emitió un bufido.

—Y como dije yo en la casa, tu plan es una locura. Aunque he de reconocer que a la luz de la luna nuestro aspecto marmóreo es perfecto. El efecto es francamente increíble.

Anne se estremeció y se miró el reluciente brazo blanco.

—¿Qué otra cosa contiene este polvo? Me siento como si me subieran hormigas por toda la piel. Buen Dios, Mary, no sé cómo lograste convencernos para hacer esto. ¿Y por qué?, porque estás encaprichada con un gallardo soldado. Coincido con Lizzie, esto es una locura.

—Hay un océano de diferencia entre un simple soldado y un héroe de la guerra. ¿No os he dicho que le acaba de otorgar un vizcondado el propio príncipe regente? Ha sido un buen premio por su valor en las batallas. —Un movimiento captó su atención—. Oh, no, se marcha. Vamos, tenemos que darle alcance. Supongo que va hacia la parte de césped.

Elizabeth agitó la cabeza con vehemencia.

—Lo único que voy a hacer es volver a saltar por el muro y luego darme un buen baño para eliminar de mi persona esta capa de polvo blanco.

Se incorporó y le tendió la mano a Anne para ayudarla a ponerse de pie.

—Por favor —suplicó Mary—. No os marchéis hasta después de haberlo visto por lo menos. Me voy a casar con él, ¿sabéis? —concluyó, haciendo un firme gesto de asentimiento.

—Eso has dicho —dijo Anne, quitándose las hojas secas de acebo

de la parte de las rodillas de su níveo vestido—. Pero no necesitas casarte con ese hombre sólo para asegurarte el futuro. Tenemos toda la temporada y más para encontrar las pruebas que necesitamos.

Le tocó a Mary emitir un bufido.

—No pienso dejar en suspenso mi vida por una posibilidad tan tenue. Soy realista en cuanto a nuestras perspectivas, y también deberíais serlo vosotras. —Vio que el vizconde se llevaba una copa a los labios, vio brillar el cristal de la copa a la luz de la luna y dejó escapar un suspiro—. Comenzando por ese caballero, ese hermoso caballero.

—Ah, muy bien, enséñamelo. —Anne se puso de puntillas y asomó la cabeza por encima del seto—. ¿Cuál es?

Mary miró con más atención y vio que ya eran dos los hombres que estaban ahí. Pero mientras su vizconde, porque ya pensaba en él así, «su vizconde», tenía el pelo dorado, el otro lo tenía negro como azabache, y lo sobrepasaba en altura por una cabeza al menos.

—Bueno, desde luego no es ese corpulento gigante. Mis gustos son mucho más refinados.

Echó a andar por detrás del seto, haciéndoles un gesto a sus hermanas para que la siguieran; éstas avanzaron, aunque de mala gana. Se detuvo cuando estaba a sólo unos veinte pasos de los dos caballeros.

—Ése es, el que lleva el bastón —les susurró, asomándose por arriba del seto—. ¿Qué os dije? Ese semblante de rasgos tan aristocráticos indica buena crianza.

—¡Oh, santo cielo, Mary! —masculló Elizabeth, con los ojos agrandados.

Pero su hermana estaba tan absorta admirando al vizconde que no le hizo caso.

—¡Mary! —dijo Anne—. Nos ha oído. Viene... viene hacia nosotras, el grande.

—No te preocupes de ella, Anne —susurró Elizabeth—. Simplemente corre.

Con el rabillo del ojo, Mary vio desaparecer a Elizabeth en la oscuridad y a Anne corriendo tras ella, saltando torpemente por encima de zarcillos y chocando con ramas caídas.

Volvió a mirar hacia los dos hombres.

Ay, no. Sólo quedaba uno junto a la fuente, y el otro, el gigante moreno, que parecía una sombra, acababa de pasar por un hueco entre el seto y venía caminando hacia ella.

No tenía tiempo para huir.

Buen Dios, no tenía tiempo para esconderse.

Así pues, siendo una estatua con el blanco algo estropeado, se colocó de espaldas al seto, juntó las manos delante y trató de parecer una estatua de verdad elegantemente tallada en un trozo de mármol.

No bien había cerrado los ojos cuando oyó sus pasos cerca y al instante siguiente percibió que él se había detenido delante de ella.

«No te muevas. No respires.»

Lo oyó emitir una risita ronca.

—Un lugar condenadamente raro para poner una estatua —musitó, como hablando consigo mismo—. ¡Quinn! —gritó—, hay una estatua aquí detrás del seto. ¿La has visto? Es bastante bonita en realidad. Deberías examinarle el perfil, es extraordinario el detalle. Muy realista.

—No la he visto —llegó la suave voz del vizconde desde la distancia—. Debe de ser una de las recientes adquisiciones de lord Underwood.

—No, esta estatua no tiene... mmm, la pátina de la antigüedad. Ven a verla.

El caballero que tenía delante no se movió y ella tuvo la clara impresión de que la estaba examinando, con mucho detenimiento. De hecho, estaba tan cerca que sentía el calor de su aliento en la piel, y eso la hacía estremecerse por dentro.

Vamos, fatalidad. No podría soportar eso mucho tiempo más. ¿Por qué no se marchaba?

Aunque estaba bastante oscuro detrás del seto, aparte de unos pocos hilos de luz de luna que caían desde arriba, era más que posible que su disfraz no lo engañara.

Tenía que ver qué estaba ocurriendo. Tenía que arriesgarse.

Lentamente abrió un poco los párpados, miró por entre sus pestañas empolvadas, y vio una enorme mano alargándose hacia ella como para ahuecarse sobre uno de sus pechos.

Santo cielo, no iba a..., buen Dios, sí que tenía la intención de tocarle un...

Abrió del todo los ojos, echó atrás la mano para darse impulso y la estampó con toda su fuerza en la mejilla del hombre.

—¡Cómo se atreve, señor!

Jamás en su vida había visto tal expresión de espanto y absoluta sorpresa en una cara. Boquiabierto, él apartó la mano y con ella se tocó la marca blanca por los polvos que ella le había dejado en la mejilla izquierda.

—Le ruego me perdone, señorita. Creí que era una...

—¡No! Sabía que no lo era. Quería jugar conmigo. ¡Depravado sinvergüenza!

Entonces oyó una carcajada detrás de ella. Era evidente que el vizconde había llegado caminando con su bastón hasta el seto. Se quedó inmóvil.

—Hasta una estatua de jardín sabe que eres un bribón, Rogan. Te juro que ya deberías tener muy claro que no tienes manera de escapar de tu reputación, hermano, por mucho que lo intentes.

Buen Dios, el vizconde estaba justo detrás de ella.

De ninguna manera podría haber resultado más desastrosa esa noche. De ninguna.

Giró la cabeza para ocultar bien la cara; no podía permitir que el vizconde le viera la cara porque podría reconocerla, seguro.

Sintiendo retumbar fuerte el corazón en el pecho, dado que no tenía otra opción ni ninguna explicación que dar sobre su estrafalaria apariencia, apartó de un empujón al hombre de pelo negro ébano y,

teniendo despejado el sendero, pasó corriendo por su lado y se adentró en la oscuridad de la noche.

La mirada del vizconde siguió a la fantasmagórica figura femenina hasta que desapareció en la oscuridad.

—Que me cuelguen. ¿Quién era?

Su hermano arqueó una ceja, divertido, al tiempo que se fricciónaba la dolorida mejilla empolvada.

—Por mi honor, te juro que no tengo la menor idea. Pero no te quepa duda de que tengo toda la intención de descubrirlo.

Por desgracia, en su precipitación, Mary tomó la dirección exactamente opuesta a la que debía tomar, que era justo hacia el muro de separación con la casa del lado, por lo tanto se vio obligada a recorrer la parte de atrás de seis casas de ciudad, con sus jardines, establos y muros cubiertos de hiedra, hasta por fin entrar en un estrecho callejón que llevaba de vuelta a Berkeley Square y a la casa de su tía abuela, donde estaba alojada con sus hermanas para pasar la temporada.

Cuando entró en la casa y cerró la puerta, vació los pulmones en un largo resoplido de alivio. Estaba en casa por fin, y, afortunadamente, bastante segura de que el vizconde no le había visto la cara.

Y en el caso de que se la hubiera visto un breve instante, con su cuerpo y pelo negro cubierto por una gruesa capa de pasta de harina y polvos, no la habría reconocido como a la mujer a la que saludaba tocándose el ala del sombrero en Hyde Park cada martes cuando iba cabalgando a la hora del paseo de los elegantes.

Al menos esperaba que no.

La parpadeante luz del fuego del hogar iluminaba la puerta abierta del salón, así que allí se dirigió, segura de que encontraría al menos a una de sus hermanas.

Elizabeth estaba sentada en una banqueta junto al hogar cepi-llándose el brillante pelo cobrizo recién lavado para secárselo.

—Has llegado —dijo.

Mary paseó la mirada por la sala en penumbra.

—La tía Prudence sigue durmiendo, ¿no? —susurró.

—Sabes la respuesta a eso. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo nuestra anciana tía a esta hora tan avanzada de la noche, o a cualquier hora de la mañana, o de la tarde? —Se pasó la larga mata de pelo por encima del hombro, haciendo chisporrotear el fuego con las gotitas de agua que arrojó—. Estábamos muy preocupadas temiendo que te hubieran pillado.

—Tan preocupadas no estabais. Me abandonasteis.

Elizabeth bajó los ojos y clavó la mirada en el suelo.

—Sí, bueno, lamentamos terriblemente eso. —Levantó la vista y sonrió—. Pero todo está bien. Has vuelto a casa. No ocurrió nada malo.

Mary se cruzó de brazos y no contestó.

—¿No te... no te... apresaron?

—No, pero casi. El grande casi me cogió.

Recordó la expresión de asombro en la cara del patán cuando ella le dio la bofetada, y se rió para su colete. Se la merecía. Si no lo hubiera detenido, le habría...

Anne apareció en la puerta del salón, en camisón de dormir y con el aspecto de acabar de salir de la bañera.

—¡Oh, Mary, has vuelto sana y salva, por suerte! —exclamó, corriendo a abrazarla. Al ver que continuaba marmórea con su capa de pasta y polvo, cambió de opinión en el último instante y se detuvo—. ¿Por qué has tardado tanto en volver? ¿Qué te ocurrió?

—Nada. Simplemente me equivoqué y eché a correr en la dirección opuesta, así que tuve que encontrar el camino hasta aquí por la parte de atrás de las casas. —Sólo entonces se fijó en que Anne tenía la cara, el cuello y las manos, toda la piel que se le veía, roja como si

se la hubieran marcado con un hierro candente—. La pregunta debería ser, ¿qué te pasó a ti?

Anne le arrebató el cepillo a Elizabeth y se lo pasó por el pelo dorado mojado.

—El polvo —arqueó una ceja, enfadada—. Te dije que picaba. Por qué me dejé convencer por ti de disfrazarme de estatua no lo sabré jamás.

—Yo sólo quería que vierais al hombre con el que me voy a casar al final de la temporada, y esta noche iba a estar en la casa vecina. Estáis de acuerdo conmigo, ¿verdad? —añadió, sonriendo de oreja a oreja—. Es perfecto en todo lo que importa. —Fue hasta el sofá, pero antes que se sentara Elizabeth le hizo un gesto para que se alejara, no fuera a estropear los cojines de seda con el vestido empolvado—. No tengo mucho tiempo así que naturalmente voy a necesitar vuestra ayuda para conseguir que me proponga matrimonio.

Anne negó con la cabeza.

—No me atrevo ni a preguntarte en qué consiste tu idea de ayuda. —Poniendo el cepillo en la mano de Elizabeth, atravesó el salón, abrió la caja forrada en piel que contenía los documentos de su difunto padre y sacó varios papeles—. Además, una vez que demos que la información contenida en estas cartas...

—Para —dijo Mary, levantando una mano—. Ni siquiera sabemos por dónde empezar. Demostrar algo será imposible, dadas las limitaciones de tiempo y dinero que tenemos.

Elizabeth fue a situarse a un lado de Anne junto a la caja.

—Aquí hay muchísima información y un buen número de buenas pistas. Nuestro padre guardó estas cartas para nosotras justamente por ese motivo, para demostrar quiénes somos.

Bufando de frustración, Mary atravesó la sala y cerró de un golpe la caja.

—Nuestro padre no guardó estos documentos aquí para nosotras, sino para ocultarlos de nosotras, de todos. Si hubiera sabido

que su muerte estaba tan próxima, estoy segura de que habría destruido esta caja y su contenido.

—Estoy en absoluto desacuerdo —rebatía Anne—. Si hubiera sido ésa su intención podría haber quemado todo esto, pero no lo quemó, ¿verdad? Ésta era su seguridad de que algún día las nenitas bebés que rescató encontrarían su destino.

Cogiendo la orilla de su camión entre sus dedos hinchados y rojos, y con expresión de bastante molestia, limpió las marcas de polvo blanco que había dejado Mary en la caja.

Ésta clavó en su hermana una dura mirada.

—Sólo por continuar la discusión, digamos que somos las niñas mencionadas en estas cartas, e incluso avancemos otro poco y supongamos que todas estas cartas son auténticas. ¿Creéis que esas personas que se esforzaron tanto para borrarlos del mapa nos permitirían aparecer de repente en la sociedad de Londres con diademas de diamantes?

Elizabeth agitó la cabeza ante esa ridiculez.

—No seas boba, Mary. No llevaríamos diademas. Qué idea más ridícula. Hay que estar casada para llevar diadema. ¿No es así, Anne?

Mary gruñó de frustración.

—No has entendido nada de lo que he dicho. Esta empresa vuestra podría ser muy peligrosa si estas cartas son auténticas. Muy peligrosa. Si no, descubrir la verdad acerca de nuestro nacimiento no sería otra cosa que una colosal pérdida de tiempo y dinero.

Anne alzó su delicado mentón y, curvando los labios en una maliciosa y satisfecha sonrisa, dijo a Elizabeth:

—Eso es, Lizzie. Ésa es la verdad de la resistencia de Mary.

Elizabeth la miró sin entender.

Anne exhaló un suspiro.

—¿Es que no lo ves? Nuestra tacaña y siempre frugal Mary no desea gastar ni un cuarto de penique en investigar las circunstancias de nuestro nacimiento.

Elizabeth bajó la mirada a sus manos, cuyos dedos estaban tan firmemente entrelazados como las ramitas de un nido.

—Es una tarea hercúlea, sin duda, Mary —dijo; entonces levantó la vista y la miró con sus grandes ojos verdes—. Pero intentarlo... se lo debemos a nuestro padre y a nosotras mismas.

Mary elevó las manos al cielo y luego las bajó con fuerza a los costados, haciendo elevarse por el aire dos nubes iguales del polvo del vestido.

—Muy bien, pues, sea. Vosotras podéis hacer lo que queráis, pero yo pienso usar mis recursos con lógica.

—Somos ricas, Mary —bufó Anne.

—No somos ricas, y distamos mucho de serlo. Sólo os lo parece debido a que vivimos con mucha sencillez en Cornualles. —Agitó la cabeza—. No sé cómo se las arreglaba padre, lo más seguro que pasando penurias y ahorrando penique tras penique durante años, pero a cada una nos dejó regalos fabulosos, dinero suficiente para continuar viviendo y dotes lo bastante abundantes para que nos atrajáramos caballeros de rango e importancia. Si tenemos cuidado en nuestros gastos y somos prácticas en la elección de maridos, tendremos los medios para asegurarnos vidas cómodas, y no tener que rascar para encontrar medio penique para comprar la harina para el pan. Pero eso solamente si no somos derrochadoras y dejamos de lado esa fantástica idea de nuestro supuesto linaje. —Echó a andar hacia la puerta, pero al caer en la cuenta de que sus hermanas no habían contestado nada y que seguro que no harían caso de su pragmático consejo, se giró para mirarlas otra vez—. Debemos ser realistas. Sencillamente somos tres hermanas de Cornualles que hemos tenido la suerte de que nos dejaran dotes importantes. Eso es todo.

Elizabeth cogió la caja y la sostuvo delante de ella con reverencia.

—No, Mary, somos las hijas secretas del príncipe regente y su esposa católica, la señora Fitzherbert.

—Jamás probaremos eso —dijo Mary haciendo un gesto hacia la

caja de cuero—. ¿No lo entiendes? Esa idea es solamente un cuento de hadas, y estaríamos locas si creyéramos otra cosa.

—Niégalo todo lo que quieras, Mary —replicó Anne—, pero sabes tan bien como yo que es cierto, que por sangre al menos somos... princesas.

Al día siguiente por la tarde, Mary estaba repantigada en el asiento de la ventana del salón, inmersa en las páginas de un grueso libro, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta de la calle. Al instante miró hacia la tía Prudence, que se había quedado dormida en el sillón de orejas junto al hogar con una copa de cordial en su marchita mano. Prudence roncó una vez, pero no se despertó.

En lugar de levantarse a abrir, cogió el borde de la cortina entre el índice y el pulgar, la separó de la otra apenas lo suficiente para que le cupiera la nariz y miró.

La avanzada edad de la tía Prudence había reducido a la nada las visitas sociales hacía muchos años. Ni ella ni sus hermanas habían conocido a nadie formalmente en Londres todavía, así que era del todo imposible que fuera una persona amiga o conocida que venía a visitarlas.

Lo único que sentía en ese momento era miedo.

¿Y si no hubiera escapado tan limpiamente como creía del jardín la noche pasada y ahora alguien venía a hablar del grave asunto de su intrusión en una propiedad privada?

Ay, Dios, ¿qué hacer? No tenía la menor idea.

Enfocó la mirada en la abertura entre las cortinas, pero el ángulo era demasiado agudo y se pusiera en la posición que se pusiera no lograba ver quién estaba ante la puerta.

Sonó otro golpe.

Apartó bruscamente la cabeza de la ventana. ¿Y si era «él» la visita? ¿Su vizconde o, peor aún, el ogro gigantesco al que llamaba hermano?

El corazón le golpeaba las costillas.

Entonces oyó pisadas en el corredor y se giró a tiempo para ver pasar por fuera de la puerta a MacTavish, el flaco y anciano mayordomo recientemente contratado.

—No, por favor, no abras —exclamó, levantándose de un salto y corriendo hacia la puerta del salón.

Afortunadamente él la oyó, y llegó retrocediendo hasta la puerta.

—¿Me permite preguntarle por qué no, señorita Royle?

Ella movió la cabeza frustrada. ¿Acaso no era evidente?

—Porque... porque no sabemos quién es.

—Disculpe, señorita, pero yo puedo remediar ese problema simplemente abriendo la puerta.

Mary juntó las yemas de los dedos de ambas manos y bajó los ojos, golpeándose los pulgares.

Sonaron varios golpes seguidos en la puerta.

—¿Señorita Royle? Debo abrir.

Mary lo miró y contestó en el susurro más suave posible:

—De acuerdo, pero si alguien pregunta, no estamos en casa, ni mis hermanas ni yo.

—Muy bien, señorita Royle. Comprendo... Un poco.

Mientras MacTavish caminaba hacia la entrada, ella se precipitó por el corredor y entró en la biblioteca, donde estaban sus hermanas tomando el té.

Aplastándose contra la pared de libros a un lado de la puerta, aguzó los oídos para discernir quién era la visita.

—Maldita sea, no logro oír ni una sola palabra —masculló.

De todos modos, las voces eran roncas, lo que por lo menos indicaba que la persona era un hombre. Aunque eso no presagiaba nada bueno para ella.

Elizabeth, cuyo pelo rojo resplandecía bajo el rayo de sol moteado de polvo que entraba por la ventana de atrás, la miró con los ojos entrecerrados. Cerró el libro encuadernado en piel roja que tenía sobre la falda.

—Conozco esa expresión. ¿Qué has hecho ahora?

Mary se apartó del ojo un mechón errante y la miró enfurruñada.

—Chss. ¿Quieres que alguien te oiga? No estamos en casa, ¿sabes? Lee lo que sea que tienes ahí, Lizzie.

—Es un libro sobre enfermedades y remedios que encontré en la caja de documentos de nuestro padre.

Anne se giró en su sillón para mirarla. Le había remitido la rojez e hinchazón de las manos y la cara, dejándole la piel tan clara y luminosa como su pelo rubio.

—¿Por qué tenemos que estar calladas? No le encuentro ninguna lógica. —Entonces agrandó los ojos—. Buen Dios, Mary, ¿qué te pasa? Estás tan blanca como...

—Una estatua de mármol —terció Elizabeth, y las dos se echaron a reír, estremeciendo los hombros.

Mary abrió la boca para contestar y justo en ese instante oyó el clic metálico de la puerta de la calle al cerrarse.

Un momento después MacTavish estaba en la puerta de la biblioteca con un cuadrado de fino papel vitela con un sello en lacre en el centro de su bandeja de plata.

—Han traído esto para usted, señorita Royle —dijo, poniéndole la bandeja delante.

Ella pestañeó, pero no alargó la mano para cogerlo.

—¿Para mí? Vamos, no logro imaginar...

Las dos hermanas ya estaban de pie.

—¿De quién es, Mary? —preguntó Elizabeth, acercándose con sus ojos esmeralda brillantes de entusiasmo.

—No lo sé —contestó ella, mirando al mayordomo.

—Lo dejó un lacayo de librea. —Se aclaró la garganta—. Si me permite el atrevimiento, señorita Royle, así como abrir la puerta revela la identidad del que llama, se puede saber la identidad del remitente simplemente abriendo la maldita carta.

—¡MacTavish, tu lenguaje! —exclamó Anne.

La reacción de su hermana era algo exagerada en opinión de Mary, pero ese lenguaje sirvió a su finalidad; le llegó el mensaje. Cogió la carta.

—Con su permiso, señorita —dijo entonces el mayordomo escocés, tocándose con un dedo su cabeza calva—. Si me disculpa, por favor, tengo que ir a ver si la cocinera necesita ayuda para poner la carne en el espetón.

Cuando se marchó el mayordomo, Anne clavó una mirada de superioridad en Mary.

«Ay, no. Otra vez.»

—No entenderé jamás por qué no te decides a pagar un poco más al año para tener un mayordomo como es debido. —Cruzándose de brazos volvió a sentarse en su sillón—. MacTavish es poco más que un bruto de la calle, y bien que lo sabes.

—No sé nada de eso —repuso Mary, agitando la carta hacia su hermana—. Lo que sí sé es que siendo ahorrativa en los salarios he conseguido un mayordomo y una cocinera, y acabo de poner un anuncio en el *Bell's Weekly Messenger* para encontrar una criada. Así que a menos que te encargues tú de hacer la comida, las compras y de vaciar los orinales y los recipientes de agua sucia durante toda nuestra estancia en Londres, harás bien en no volver a mencionar los defectos sin importancia de MacTavish.

—¿Defectos sin importancia? El mayordomo y la cocinera son absolutamente ineptos. Esta casa estaría mucho mejor servida si hubieras dejado al personal que tenía la tía Prudence.

—Basta, Anne, por favor. Ya hemos tenido esta conversación, demasiadas veces. Ese antiguo personal se aprovechaba de la edad y la mala memoria de tía Prudence. Le robaban descaradamente, y bien que lo sabes.

Entonces Elizabeth le levantó el brazo y se lo movió, haciéndole pasar la carta por delante de los ojos.

—Venga, ábrela y dinos de quién es.

Mary tragó saliva y, ya recuperado su aplomo, rompió el sello en

lacre rojo y abrió la carta. Pasó rápidamente la vista por las apretadas palabras en tinta negra y al llegar al nombre del remitente estuvo unos cuantos minutos mirándolo sin parpadear.

—Ay, santo cielo —exclamó, y la carta se deslizó por entre sus dedos y cayó al suelo.

—No nos hagas esperar más, por favor, Mary —dijo Elizabeth—. ¿Puedo leerla?

Su hermana no contestó, simplemente continuó mirando la carta en el suelo. Entonces Elizabeth la recogió y comenzó a leerla. Cuando terminó, retrocedió muy envarada hasta su sillón y se dejó caer en él.

Anne la miró boquiabierta.

—¿Va a hacer el favor una de vosotras de revelar el contenido de la carta? Se me está acabando la paciencia con vuestro drama. ¿De quién es la carta?

—De lord Lotharian, de Cavendish Square, Marylebone Park. Nuestro tutor —repuso Elizabeth, y miró a Mary—. Debemos ir a verlo, Mary, ¡tenemos que hacerlo!

—¿Estás loca? —bufó ella—. ¿Hacer una visita a un caballero que no conocemos? ¿Un hombre del que no hemos oído hablar jamás?

—Asegura que es un viejo conocido de nuestro padre. No veo ningún motivo para que asegure eso si no fuera cierto.

Al ver que Mary negaba con la cabeza, alargó las manos por encima de la mesita y cogió las de Anne. La miró a los ojos con pintitas doradas hasta que ésta asintió.

—Sí, yo iré, Lizzie.

Entonces Elizabeth volvió a mirar a Mary.

—Debemos ir todas.

—Hay que informar de vuestro plan a la tía Prudence —dijo Mary.

Claro que si le decía a su querida tía abuela que sus hermanas iban a ir a visitar a un caballero, su supuesto tutor, lo olvidaría en

menos de una hora. Pero no fue por eso que lo dijo. Su intención era apelar al enorme sentido del decoro de Anne.

Pero no le resultó el truco.

—La tía Prudence está durmiendo —replicó Anne con la mayor naturalidad—. No querría despertarla.

Entonces Elizabeth se levantó de un salto y salió corriendo; cuando volvió, traía en la mano la brillante llave de latón extraída de la cerradura de la caja con los documentos. Tenía arreboladas las mejillas por el entusiasmo.

—Según esta carta —les dijo—, esta llave tiene una doble función, una que podría ayudarnos en nuestra investigación.

Mary arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe este caballero de nuestra «investigación»? te pregunto.

—Era amigo de nuestro padre —dijo Anne, con los ojos brillantes—. Él podría saberlo todo acerca de nuestros verdaderos padres.

—Creo que las dos suponéis demasiado —suspiró Mary, y acercándose a Elizabeth, le cogió la llave de entre los dedos—. Las dos creéis que este simple trozo de latón retorcido podría ser... la clave del misterio de nuestro nacimiento.

Anne y Elizabeth se miraron y al instante salieron corriendo de la biblioteca, haciendo sonar estruendosamente el suelo del corredor con sus botas.

—Mary, ven. Debemos ir inmediatamente.

—Esto no es otra cosa que una tomadura de pelo, aunque os acompañaré, sólo para estar ahí y recordaros que os lo dije.

Resignada, salió y echó a andar por el corredor.

Cuando ya estaba cerca de la puerta, sus entusiasmadas hermanas le rodearon los hombros con un chal de lana y le calaron una papalina de paja en la cabeza.

—Pero no voy a gastar dinero en un coche de alquiler para este viaje inútil. —Con un enérgico gesto recalcó este punto—. Caven-

dish Square no está muy lejos, y hoy está bastante templado el aire. Iremos a pie.

Anne abrió la puerta y miró el cielo cubierto por nubarrones grises.

—Pero, Mary, está a punto de llover.

Su hermana levantó su preocupada mirada al cielo.

—Ay, Dios. Eso cambia las cosas. —Se giró y entró en la casa a toda prisa—. Esperadme un momento, por favor.

Anne y Elizabeth se quedaron en asombrado silencio. De pronto aquélla miró a ésta y rompió el silencio:

—Santo cielo. Nuestra frugal Mary va a gastar una moneda en un coche de alquiler. Vamos, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco, así que busquemos un coche de alquiler antes que cambie de opinión.

Diciendo eso, Elizabeth salió corriendo a la acera y atravesó la calle agitando la mano como loca hasta que por fin captó la atención de un cochero que estaba fumando su pipa en la esquina de la plaza con Davies Street.

Anne corrió hasta la plaza, cogió a su hermana de un brazo y la hizo retroceder.

—¡Elizabeth, estamos en Londres! Tienes que poner fin a tu conducta de marimacho. Ahora somos damas, no toscas señoritas de campo. Recuerda eso.

Cuando Mary salió por la puerta, vio consternada que sus hermanas estaban a punto de subir a un coche de alquiler.

—¡No, no! Le pido disculpas, mi estimado señor —gritó al cochero—, pero mis hermanas no van a necesitar sus servicios.

Anne y Elizabeth giraron simultáneamente sus cabezas y miraron a su hermana boquiabiertas.

Mary les sonrió amablemente y les pasó un paraguas a cada una.

—Puesto que vamos a ir caminando, sin duda los necesitaremos.